

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA. TEATROS. COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Revista parisiense*, por El Novelero. = *El otoño*, por D. José Selgas. = *Rugier de Lauriga. Segunda parte*, por doña Felicitas Asin de Carrillo. = *Geroglífico*.

Se compran en la administracion de este periódico colecciones completas del año 1856, siempre que se hallen en buen estado.

TEATRO PRINCIPAL.

Al ocuparnos por primera vez de las tareas de nuestra actual compañía lírica, digámos que el público habia acogido á los artistas, no con disfavor, no con frialdad siquiera, sino con cierta reserva que en nuestro concepto habia de desaparecer muy pronto, como en efecto ha sucedido. Esplicábase aquella reserva de que hablábamos por la desconfianza que en él habian hecho nacer chascos de otras épocas y consiguientes abusos de su buena fé. ¡Cuántas veces, en efecto, principió por creer bueno lo que despues á mejor luz no llegó á pasar de mediano! Artistas preconizados con bombo y platillos, artistas arruinados ó poco menos, y que no obstante podian cantar aun tal cual ópera, le han sido presentados como eminentes, salvo el que antes de comenzarse la funcion de estreno, un anuncio pegado á la pared del vestíbulo reclamase la indulgencia hácia tal ó cual importante parte de la compañía atacada de súbita indisposicion, y que no obstante se habia prestado á trabajar por no defraudar las esperanzas del público: lo cual en buenas palabras queria decir que los concurrentes se resignasen á oír cantar mal por aquella noche toda vez que ya estaban allí, y que se contaba con que no se habian de ir á la calle. Pero el caso es que la ronquera de aquel prógimo era crónica, y que el otro ó los otros que parecieron sanos, enfermaron á su vez á la noche siguiente, y que la

indulgencia pedida para un dia solo y concedida galantemente habia necesitado ser indulgencia plenaria; cosa difícil, y que naturalmente ocasiona rescisiones de contratas que pesan, sin que en cambio se reemplace al inválido artista, ó si por acaso se hace, se pierde comunmente en el cambio, por mas que pareciera imposible.

Del escarmiento nace la cautela, y si bien el público de Cádiz tiene sobrado buen juicio para no desconocer que hay circunstancias superiores á la voluntad, y que no es posible exigir que los artistas estén hechos á prueba de catarros ni que tengan una naturaleza refractaria á la accion de las enfermedades, comprende bien por esperiencia propia y tristísima todo lo esplotable que es la indulgencia en ciertos casos. Por eso sin duda no quiso aventurar su juicio definitivo sin pleno conocimiento de causá.

Este juicio se ha formado ya, y él ha sido altamente favorable á los artistas de la compañía, de la cual á todos ha ido conociendo, porque todos le han sido presentados. No nos habiamos equivocado.

Despues de nuestra última revista se ha puesto en escena la ópera *I Puritani* de Bellini, bastante conocida, pero no muy recordada aquí, por el largo tiempo que há no se ejecuta. Es una produccion de las bellas de Bellini, aunque no se lleve la primacia entre las bellas de este distinguido cuanto malogrado maestro, y no pocas de sus piezas han llegado á hacerse populares á fuerza de mérito y de oportunidad. Con esto se tenia bastante para asegurar su éxito, se entiende, siempre que fuese bien cantada.

En ella hacian su primera salida La Sra. Ghirlanda Tortolini, prima donna tambien, y el primer tenor Sr. Stechi Bottardi. De uno y de otro vamos á ocuparnos brevemente.

La Sra. Tortolini posee una voz, sinó llena en los medios, grata en los puntos altos, buen estilo, y garganta no escasa de flexibilidad: los adornos de su canto son de bastante gusto, y como actriz pisa las tablas con desembarazo y soltura, sin tocar en la exageracion. Es, en suma, una buena cosa en su género, y así tambien lo juzgó el público, quien no anduvo escaso de aplausos para la nueva prima donna. La voz del Sr. Bottardi es muy bella en su timbre, aguda como lo son las de los te-

nores de medio carácter, y de un apacibilísimo falsete, que liga sin esfuerzo y por una casi imperceptible graduación con su voz de pecho. Vocaliza de una manera perfecta, y sus notas salen tan limpias como la sílaba. Estas dotes le conquistaron desde luego la benevolencia del público, quien desde los primeros compases le animó con un nutrido aplauso; cosa que había menester, porque no era difícil de descubrir que cierto laudable temor cohibía algún tanto sus buenas facultades. Tranquilizado con esta muestra de simpatía, cantó felicísimamente el resto de la ópera.

En ella trabajaban también los Sres. Selva y Paccini, y lo hicieron con una bravura tal que arancaron una explosión de entusiasmo unánime en el soberbio dúo del acto segundo, del cual se pidió y obtuvo la repetición del *allegro*.

Hubo en efecto razón sobrada para tanto. El Sr. Paccini hizo feliz muestra en toda la ópera de su magnífica y robusta voz, y el Sr. Selva fué aquí lo que es siempre, un gran artista. Su figura en *Los Puritanos* es una verdadera figura de estudio. ¡Qué hermosa cabeza aquella! ¡Qué dignidad en sus maneras! ¡Qué espresión en su rostro! ¡Con qué energía y oportunidad sabe lanzar las llenas y excelentes notas de su voz en los momentos en que la situación dramática lo exige! Francamente lo decimos, cada día que lo escuchamos nos agrada mas: cada día descubrimos en él algún nuevo primor del arte, que se nos había escapado en las anteriores representaciones. Esto se explica bien: donde hay tanto y tanto bueno, no es posible abarcarlo todo de una sola ojeada.

El *Trovador* ha vuelto á ejecutarse, y ahora lo ha sido con harto mayor aplauso que ha pocos días. ¿En qué pudo consistir? ¿Acaso en que se ejecutó mejor? Nó: los artistas eran los mismos, el mismo era el lleno de voz de que disponían, igual el esmero con que desempeñaban sus respectivos papeles. El mayor éxito de ahora solo tiene una explicación, y es la de que el público ha comenzado á saborear esta buena música, es que ha ido percibiendo todo el mérito y apreciando todos los quilates de valor que hay en artistas como la Sra. Peruzzi y el Sr. Landi. Esta, y no otra, entendemos sea la verdadera razón de aquellos aplausos tan nutridos, de aquellos bravos tan estrepitosos, de aquella general insistencia con que les ha hecho salir después de las principales escenas y de los actos de mayor efecto. La razón concluye siempre por tener razón. Ahora casi ha principiado por tenerla.

De lo dicho resulta que el teatro Principal de Cádiz posee hoy una compañía de ópera, no solo completa, sino puede decirse doble; no solo aceptable, sino de sobresaliente mérito y que puede atreverse á cualquiera de las producciones del repertorio lírico con seguridad, ó al menos con grandísima probabilidad de éxito. Por desgracia había mucho tiempo que no nos hallábamos en el caso de decir otro tanto.

Grandes son los sacrificios que esto impone á la empresa y grande la responsabilidad que arrostra. Ni aquellos ni esta han sido bastantes á arredrar

á nuestro buen amigo el entendido y celoso Sr. Fuentes, merced á cuyo desprendimiento gozamos hoy de un espectáculo digno de nuestra culta población. Bien es que esta á su vez se persuada de que si quiere que aquel continúe deleitándola, fuerza le es el coadyuvar por su parte á las miras de la empresa, y esto los públicos no lo hacen sino de un modo, concurriendo al teatro con asiduidad. Si otra conducta siguen, ¿á quién se quejarán luego? La experiencia nos ha demostrado que esos que por sistema ó por darla de gentes importantes, á todo tuercen el gesto, en todo hallan que tachar y en todo tienen su tilde que poner, son los que mas alto se lamentan cuando el teatro está cerrado, ó cuando, visto lo que allí hay, fuera mucho menos malo que lo estuviese. Nosotros entonces tuviéramos derecho para decirles: "¿Y quién tiene de ello la culpa sino vosotros mismos, que tratásteis con desden, que hasta acaso desacreditásteis en cuanto en vuestra mano estuvo, lo que era bueno, lo que atendidas las pésimas condiciones que respecto á utilidad ofrece nuestro teatro era muy superior á aquello á que nos es dado aspirar? Cesad pues en vuestras alharacas, puesto que toda la causa es vuestra. Quien no aprecia lo que hoy posee, no se queje mañana si llega á perderlo."

En el momento en que esto escribimos no se ha puesto aun en escena la ansiada *Traviata* de la que el público tanto y con tanta razón espera. Es regular que en nuestro próximo número podamos ocuparnos de su ejecución, que según noticias ha de ser brillantísima.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REVISTA PARISIENSE.

Paris 4 de Diciembre de 1859.

Ya estoy aquí. Ya me tiene V. voluptuosamente reclinado, como diría un poeta, en el amoroso regazo de la reina de la Moda, de la dama del mundo elegante, de la vieja coquetona, París.

Ya se le han cumplido á V. sus deseos. Ya cuenta V. y sus amables suscritores con un correspondiente chismográfico en la corte de Francia.

Desde esta bomba aspirante-impelente que recoje y derrama las noticias de ambos mundos, cuidaré de transmitirselas envueltas en un pliego de papel sin pérdida de tiempo.

Cádiz, á un extremo de Europa, flotando en el Océano como una góndola veneciana tripulada por millares de hermosas odaliscas, tendrá cada quince días nuevo cargamento de noticias de soirée, frescas como las rosas de sus pensiles, recién traídas de las cinco partes del mundo.

Digo frescas, porque París es el locutorio de monjas del globo terráqueo mejor servido.

Apenas cae el pañuelo de S. A. Abdul-Mejid á

los pies de la odalisca favorita, cuando á los pocos minutos ya están bordando en él comentarios las damas de los salones parisienses. No bien un predicador de Nueva-York lee en el púlpito una tragedia para la edificación de sus oyentes, cuando ya se imprime la crítica de la extravagancia del ministro protestante y de su *Saul*, hecha por los literatos en las bibliotecas, museos y academias de Francia.

París es al mismo tiempo la novedad encarnada. A pesar de ser antiguo huésped en esta Babilonia, todo me he vuelto ojos y oídos. De cuatro años acá, París se ha mudado hasta la camisa, y se ha pintado el rostro de tal modo que le desconocen sus amigos. Me faltaba tiempo para ver renovadas sus facciones, y no estrañará V. porque haya guardado silencio durante ocho días. Al romperle hoy prometo ser en lo sucesivo el *corre, vé y dile* mas *agilibus* de aquende y allende el Pirineo.

Lo natural era comenzar por describir el punto de mi instalacion, el campo de batalla donde Nínon escandalizó á la humanidad con sus sabias locuras, la adormecida luego románticamente la Valiere con su sentimentalismo amoroso, donde Luis XV la deslumbró con su fausto y esplendor; la corrompió con sus liviandades la Pompadour, y la asustó Luis XIV y Napoleon con el rumor de sus belicosos triunfos.

Mucho me hubiera divertido hacer el croquis de este palenque de los *lions* y *gentlemen*, espejo de las modas pasadas, teatro de las presentes, y mostrador del porvenir elegante; pero ¿cuál de nuestras ilustradas lectoras no conoce á la gran ciudad de Francia, al menos en relacion? Por otra parte ¿qué habia de decirlas yo despues de las exactas y brillantes descripciones que ha publicado mi buen amigo el renombrado literato Sr. Ochoa?

Además, cuando las noticias abundan, yo no debia pararme en pinturas. Mi principal cometido no es de artista, sino de novelero. Y como dice el refrán, cada cual en su casa y.... manos á la obra.

Los literatos y periodistas de París tienen cubiertos de gasas el corazon y el sombrero por la prematura muerte de Amadeo Rennée, que hace dos meses dirigia *Le Constitutionnel*. Todo el mundo literario ha apreciado el mérito del historiador de *Les Nièces de Mazarin* y de *La Grande Italienne* del intérprete hábil del pensamiento ageno que vertió concienzudamente al francés las *Cartas de Chesterfield*, y la *Historia de los cien años* de César Cantú.

Paso en silencio sus obras mas nombradas, para ocuparme de las menos conocidas, de las que publicaba en sus *Heures de poesie*, piezas que por su ritmo y gusto en las descripciones, no tienen nada que envidiar á las mejores acabadas de la escuela de Gautier.

La práctica en el periodismo no pervirtió su estilo con la entonacion débil aunque rápida que podriamos llamar, estilo á todo vapor. Rennée procuraba siempre dar los golpes de efecto para interesar al concluir un capítulo y tenia la costumbre de recordar todas las noches antes de dormirse los

puntos mas importantes de sus artículos, corrigiéndolos entre sueño.

En sus últimos días, ha cerrado su carrera de periodista con tres artículos sobre la paz de Villafranca, esfuerzo supremo de su pluma, que la Europa entera ha reproducido, comentado y admirado.

Con tan tristes reflexiones, me encaminé hace días desde mi casa al teatro de la Opera. No bien me hube sentado, el vecino del palco inmediato me empezó á contar la muerte del jóven literato Jules de la Madélène, jóven de imaginacion vigorosa que se habia colocado á buena altura entre la gente de letras por su novela *Le Marquis de Lafras*.

Por el mes de Febrero de 1848 entre los mas valientes gefes de barricada, se distinguia un jóven de aristocrática figura y mirada dulce, aunque encendida por el fuego del combate.

Insensible al peligro, gritaba "adelante" sin cuidarse de los soldados que cargaban, hasta que una bala tendió en tierra al héroe republicano que fué recogido en una casa inmediata por una jóven de condicion humilde, quien convirtiéndose en hermana de la caridad, hizo heróicos esfuerzos para arrancarle de los brazos de la muerte.

En este combate venció la solícita enfermera no solo el peligro físico que amenazaba la vida del doliente, sino que, le curó tambien la enfermedad del escepticismo que hasta entonces habia roído su corazon.

Para engañar las largas horas de la convalecencia, el herido pidió libros á su protectora. Toda la biblioteca que poseia la jóven estaba reducida á libros de piedad en tomos desencuadernados, herencia de un tio cura.

A falta de otra cosa, y á fuer de literato aceptó el enfermo este recurso místico, y comenzada con disgusto la lectura, se obró en su alma muy luego la conversion que en circunstancias semejantes hicieron otros libros por el estilo en S. Ignacio de Loyola.

Julio de la Madélène se levantó de la cama convertido al catolicismo, y á la vida arreglada. Al poco tiempo se casó con el ángel de su guarda.

La última vez que se ha visto en público, fué asistiendo á un concierto de Delsarte. Su esposa cantaba en los coros vestida de blanco, y Julio la escuchaba con el alma y el corazon de un poeta.

La desgracia de este pobre vate enamorado me hace recordar que apenas ha pasado medio mes desde la primera representacion del *Due Job* en el teatro de la Comédie Française, donde oí á Mr. Berger, alcalde en la misma época y despues prefecto del Sena. El antiguo prefecto acababa de perder á su madre política Mme. Biennais. Escribiendo las papeletas de funeral á sus amigos se quedó muerto sobre la mesa, cual si se hubiese desprendido de las fatales cartas con el olor de la tinta litográfica, un vapor venenoso.

Suegra y yerno han sido enterrados al mismo tiempo, y la misma inicial *B*, marca los dos catafalcos.

Dirá V. que mi primera carta es una esquila mortuoria. Así lo dá el tiempo. Otra vez se con-

vertrá en cartel de baile. Lo peor es que aun no he concluido.

Mi deber de cronista funerario, me impone la obligacion de comunicarle la muerte repentina de Lady Peel, viuda del ilustre hombre de estado del mismo apellido: la del célebre geógrafo prusiano Carlos Ritter á los sesenta años de edad, y la del vizconde de Serra ministro de esta corte cerca de Atenais: personas muy conocidas; la primera por económica, el segundo por físico, y por diplomático el tercero.

Aquí vendria bien un capítulo sobre el dístico de Horacio; *mors æquo pede pulsat pauperum tabernas regumque turres*: pero le suprimo, porque ahora mismo me sopla la brisa noticiara de la alegría.

Mientras unos lloran, otros rien. Este mundo es una antítesis.

El príncipe Napoleon Gregorio Bonaparte, hijo menor del príncipe Canino contraerá muy en breve matrimonio con la Señorita María Cristina, la mas bella figura de Italia, hija del príncipe Ruspoli, hermano del duque de Sueca, tío del duque de la Alcudia, y del marqués de Boadilla. Monseñor el cardenal Bonaparte, bendecirá los esponsales de su hermano.

No son nuestras paisanas las que menos parte toman en esta clase de fiestas desde que las enseñó á caminar por senda de flores del *mariage* la emperatriz Eugenia.

Al pasar el día 11 por frente la iglesia de San Andrés d'Antin, reconocí al general Narvaez que salia de ella, habiendo sido testigo del matrimonio de la Señorita de Barbería hija del cónsul general de España en Marsella, con M. A. de Valieres.

Se han abierto los salones del hermoso palacio de la Cancillería de la Legion de Honor que desde que se ha lavado la cara, rivaliza por su esplendor con el de la embajada española.

En él nos ha prometido recibir la hoy duquesa de Malakoff, cuyas reuniones me proporcionarán nuevos medios de satisfacer la curiosidad de nuestras bellas lectoras, que ya conocen el buen humor y gusto de la *maitresse* que no ha mucho lucia sus gracias en los conciertos de la condesa de Montijo.

Mucho tendrá que esforzarse la elegante duquesa, para sobresalir aquí, donde la ostentacion se ha desarrollado como el cólera en el año 1834.

En la sociedad parisiense se habla de una notabilidad que vi materialmente entre flores, gastando tan solo en *bouquets* 25,000 francos.

Nadie al entrar en su palacio creería hallarse en el arrabal de *Saint-Honoré*, sino en los jardines de Armida, encantadas regiones que florecieron en la rica fantasía del Tasso.

Hasta la municipalidad de Paris se ha contagiado con el prurito de gastar.

En su presupuesto de este año consigna hasta no menos que 25,000 francos, para emprender los primeros trabajos de obras públicas en los arrabales.

Cada alcaldía que se establezca, reunirá en sus

edificios los juzgados de paz, la comisaría de policía, la casa de correos, las oficinas de bomberos contra incendios, las de contribuciones, timbres, pesos y medidas.

El lujo ha desplegado sus alas, al par que los miriñaques estrechan el radio de sus aceros. ¿Será tambien la emperatriz la destinada á cortárselas como ha hecho con la *crenolinne* despues de su regreso de Compiègne?

Hablando del lujo y del miriñaque, la antítesis dichosa se me viene á la mente diciéndome, "es necesario dar ensanche"... á qué? Al teatro del pasage de Choiseul y achicar las desmesuradas narices de su director *Offenbach*.

De seguro que se las envidia desde el cielo de los dioses el mismo Ovidio Nason y en la tierra el marinero de Nueva-York Brown, que se encuentra sin ellas gracias á las caricias caninas de su compañero.

No seré yo quien se las envidie porque las tengo de perdiguero y huelo que mis lectoras están impacientes por ver salir á la escena de Choiseul, á Mlle. Tautin tan celebrada en toda clase de juegos de agilidad y fuerza, como en los de gracia y talento.

En el Orfeo baila esta Terpsícore como si fuera una primera bailarina. En la nueva produccion de su empresario y maestro tira las armas como una Semiramis.

Ahora comprendo por que hace trece días la encontré en la sala de asaltos del primer profesor de esgrima Mr. Pons. La encantadora prima donna iba sin duda á ensayar su papel de floretista.

Mme. Tautin estudia porque no tiene la dicha de Fratiere, que puede decirse ha recibido lecciones en el seno de su madre.

No se comprende de otra manera como ha podido llegar á la *cúspide musical*.

A bien que su padre Mr. de Fratiere es tan filarmónico que en sus ratos de ocio, alborota la vecindad con tríos, cuartetos y quintetos.

De tal padre tal hijo.

En el circo de los Campos Eliseos se ha dado una funcion franco-alemana en honra de Schiller.

El salon es pequeño; pero el entusiasmo fué grande, y la reunion de lo mas escogido. Admirábanse allí los risueños y rubios semblantes de las sílfides del Rhin, brillando entre multitud de polonesas, hermosas como adelfas.

Los honores de la funcion corresponden á la sinfonía de Beethoven tocada con maestría por la orquesta que dirige Mr. Padeloup. Grande es la aficion que este profesor muestra á esta clase de música; si bien aun no tiene el conocimiento profundo que posee sobre ella Mortier-de-Fontaine, á quien he tenido la dicha de oír en un concierto particular con Maurin y Chevallier.

Las fiestas en honor de Schiller toman en la flématica Alemania cierto carácter patriótico que anuncia tormentas.

Tengo tan poca aficion á las borrascas políticas, que huyo de ellas hasta en mis escritos.

Corto, pues, por lo sano y concluyo esta crónica,

que por otra parte me impide continuar el frío de tres grados bajo cero del centígrado, que reina en las márgenes del Sena. *Fini.*

EL NOVELERO.

EL OTOÑO.

Cándida niña de apacibles ojos
Que el campo miras con afán inquieto,
En vano tiendes la mirada alegre,
Todo es tristeza.

Desnudo el árbol de su verde pompa-
Al viento entrega las flexibles ramas,
Y el viento silba al desgarrarse en ellas,
Y el árbol gime.

Su cauce rompe el impaciente arroyo
Y el prado cubre con sus turbias ondas,
Salta en raudales y disputa al viento
Las hojas secas.

Sombra dá al valle la montaña altiva,
El cielo viste vaporoso luto,
Y suspendidas en el aire vago
Lloran las nubes.

Ni el ave canta, ni la flor perfuma,
La luz no vierte sus colores bellos,
Y entre el vapor de la mañana, apenas
Brilla la aurora.

La tarde oscura y silenciosa llega
De monte en monte derramando sombras,
Y la ancha niebla que en el valle tiende
Oprime el alma.

Cándida niña de apacibles ojos,
En donde puso su pureza el cielo,
Nunca en tu seno virginal se albergue
Tanta tristeza.

José SELGAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Qué hay? preguntó lleno de inquietud el hombre que sin duda había estado esperando aquella visita.

—El rey ha muerto, contestó el pagedillo con voz segura y vibrante.

El hombre sintió que las rodillas le flaqueaban y un frío glacial circuló por sus venas.

El pagedillo se acercó á él, puso atrevidamente

una mano sobre sus hombros y le dijo como si quisiera infundirle valor.

—Todo esto está concluido, Guzman, no tiembles; la condesa de Cinco villas ha vengado la muerte de su padre y realizado la profecía de sus primos. ¿Mandaste preparar los caballos?

—Sí, señora; Ginés nos espera con ellos en el campo.

—Pues al campo, salgamos inmediatamente de aquí.

Una hora despues Ana de Sobradiel caminaba en compañía de su viejo escudero y de un hombre de siniestra catadura que algunos dias antes se habia puesto al servicio de Guzman.

Despues de dos largas jornadas nuestros tres viajeros llegaron á una venta en la cual hicieron alto.

—¿Es aquí preguntó la condesa, donde debemos esperar al infante?

—Sí, respondió Ginés, voy á ver si ha vuelto mi compañero Blas Anton que fué el portador del aviso.

La condesa y Guzman quedaron solos un instante.

—Estás seguro, preguntó Doña Ana, de que nuestros hombres se hallan apostados en las inmediaciones de este edificio?

—Tan seguro como que ya he visto algunos de ellos vestidos con trages de pastores.

La de Sobradiel sonrió con aire de triunfo.

Ginés subió luego; parecia contrariado, y pensativo.

—¿Qué ocurre? le preguntó Ana. Sabeis algo de vuestro compañero?

Mi compañero no ha vuelto, respondió Ginés algo desconcertado.

—Está bien, retírate, respondió la condesa que deseaba estar á solas con su escudero. Vas á reunirte con los míos?

Ginés contestó afirmativamente: y se retiró.

—Nos habrá engañado este hombre? preguntó Guzman, despues de asomarse á una ventana que daba al campo.

—Ese hombre, respondió la condesa, no puede tener interés alguno en engañarnos; estoy segura de ello.

—Vos os entendereis, señora, repuso Guzman que se habia entregado en cuerpo y en alma al influjo que aquella egercia sobre su ánimo.

Una hora mas tarde la luna inundó los campos con sus plateados rayos, la condesa se asomó á una ventana y percibiendo á lo lejos una cabalgata que á buen paso avanzaba por el camino, miró luego en distinta direccion y vió apostados al abrigo de la ventana y ocultos en la sombra varios hombres que sin duda debian estar armados hasta los dientes.

Cuando la cabalgata llegó al sitio en donde estos hombres se hallaban, se oyó una voz de "á ellos!" y un instante despues el crujir de los aceros y algunos gritos de sorpresa y desesperacion.

Ginés se habia lanzado sobre el hombre que iba

al frente de los reciénvenidos y al cual acababan de matarle el caballo.

—Muere! gritó hundiéndole su puñal en el corazón.

El herido se bamboleó; pero antes de caer hizo un esfuerzo y atravesó con su espada el cuerpo de su asesino.

Los ojos de la condesa brillaron de júbilo en medio de la oscuridad.

Cinco minutos despues tres ó cuatro hombres que componían el resto de la cabalgata lograron ponerse en salvo picando espuelas á sus corceles, los cuales partieron al galope.

Sus acometedores, que sin duda habian considerado realizado su intento, se alejaron tambien de aquel sitio desbandándose en distintas direcciones.

La condesa salió de la venta en compañía de su viejo escudero. Al cruzar el camino se acercó á dos cadáveres que estaban el uno junto al otro y exclamó:

—Padre mio, ya estais vengado completamente; ahora solo me resta vengar al pobre Gonzalo.

Y aquella mujer cuyas ideas de muerte y esterminio no conocian límites, se puso en marcha proponiéndose entrar en Sangüesa lo antes posible.

Al otro dia llegó á las puertas de la venta el infante D. Juan que viajaba en compañía de varias personas, y al ver tendido en tierra dos cadáveres, exclamó dirigiéndose á sus acompañantes.

—Ya veis, señores, como era un lazo que se me tendia; ese Blas Anton, dócil instrumento de mis enemigos llegó á Valencia y me entregó una carta de D. Juan de Lara; mas como yo no las tenia todas conmigo, envié delante á ese desdichado vestido con mis propias ropas y... ya veis, han creido darme la muerte y no lo han logrado.

La condesa habia contribuido sin saberlo al castigo de los verdaderos asesinos de Benavides. Ginés y Blas Anton vendidos al oro de Doña Ana y dispuestos á servirla se habian lanzado el uno sobre el otro sin conocerse, y empujados por la mano de Dios.

CAPITULO XXXVII.

Nuestros lectores nos preguntarán qué es lo que habia sido entretanto del enamorado Rugier de Lauriga.

Vamos á contestar en breves palabras á semejante pregunta.

Rugier de Lauriga era completamente feliz.

Al llegar á Sangüesa, resuelto á dejarse matar por Adrian de Montalvo, este salió á recibirle y le estrechó entre sus brazos con la mayor efusion.

Cinco minutos despues el capitan rodeaba con los suyos el cuello de su idolatrada Catalina, la cual llorando de júbilo apenas podia prestar crédito á lo que le estaba pasando.

Aquellos corazones lastimados volvieron á renacer para la dicha; el sol de la esperanza, la ilusion del porvenir, las seguridades de una mútua y ardiente correspondencia, brillaron esplendorosos

dentro de sus almas que en vano habia intentado separar el destino. Su amor legítimo, bendecido por un ministro de Dios, protegido por el cielo y amparado por una reina tan buena como respetable, nacia de nuevo mas potente que nunca y tan puro como lo habia sido siempre; aquel amor, en fin, habia triunfado de todos los contratiempos, y superado todos los obstáculos.

Veamos ahora de qué manera se habia efectuado aquel cambio tan inesperado como venturoso.

Hemos dicho que el infante D. Juan escribió al de Lara ordenándole que inmediatamente fuese conducida á Valencia la dama que por su órden y por conducto del padre Gerardo, fué encerrada un dia en los sótanos del castillo de Tordehumos.

El de Lara queria obedecer á todo trance aquellas prescripciones de su antiguo y poderoso amigo; pero tropezó con un gravísimo obstáculo. Varios de los comprometidos se habian fugado de la villa, y los demás en quien hubiera podido depositar su confianza, le fueron demandados por el rey que queria desterrarlos ó imponerles algun otro castigo. D. Juan de Lara estaba resuelto á marchar á Portugal y érale preciso adoptar una resolucion definitiva. En medio de esta incertidumbre y no sabiendo de quien habria de valerse, sintió surgir en su memoria el recuerdo de un caballero navarro que durante el sitio se habia batido desesperadamente con las tropas de D. Fernando, despues de haber desempeñado durante la noche anterior una importante comision.

Hay que advertir que Adrian de Montalvo se habia presentado en la villa bajo un nombre supuesto. Así lo habia querido Ana de Sobradiel, y á escepcion de esta y de Gonzalo, para quien la condesa no tenia ya mas que un solo secreto que guardar, todo el mundo ignoraba el verdadero apellido del hermano de Catalina.

El de Lara tropezó todavía con una nueva dificultad; se acordó de que aquel caballero tan bizarro y tan decidido se habia mostrado sumamente adicto á la persona del padre Gerardo.

Las horas corrian entretanto con demasiada rapidez, y D. Juan se paseaba inquieto y meditabundo por el interior de su habitacion; al cabo prorumpió en estas palabras:

—Bien mirado, la cosa no vale la pena de inquietarse tanto; ese fraile ha huido de Tordehumos y Dios sabe donde habrá ido á parar; el caballero que ayer combatió por nosotros se halla en estrecho comprometido, y de seguro no querrá caer en manos del rey, que afortunadamente no se ha acordado de semejante hombre. Voy, pues, á llamarle y veremos si consigo mi objeto: si no lo consigo tanto peor para el infante, que tendrá que renunciar á su amor ó á la realizacion de alguna venganza.

Diciendo así, el de Lara dió órden para que inmediatamente fuese conducido á su presencia con los mayores miramientos el incógnito caballero. Adrian fué buscado por toda la villa y poco despues penetró en la habitacion de D. Juan.

La astucia de este hombre se estrelló en la

fria reserva que Adrian se habia impuesto desde que empezó á ver las cosas bajo su verdadero punto de vista. Desde que tuvo su última conferencia con Lauriga, pensó que la condesa no habia obrado con él con lealtad, y que pudo muy bien haber atizado el fuego de su amor con el solo objeto de utilizarle para llevar á cabo sus planes misteriosos. Adrian recordaba igualmente las palabras pronunciadas por Gonzalo cuando el infeliz alcaide tuvo la desgracia de provocarle. Pensando en esta y en otras cosas, empezó á creer que Lauriga le habia dicho la verdad.

Su duda y su inquietud eran terribles. Si su hermana vivia y se hallaba en poder de Doña Ana, ¿qué habia hecho de ella y donde la tenia? Adrian la buscaba por todas partes en vano; buscó tambien á la condesa y nadie le dió razon; la condesa ó sea el padre Gerardo, habia desaparecido sin que nadie supiese su paradero.

El de Lara trató primero de halagar su amor propio ensalzando su valor; le habló luego de lo estremadamente irritado que el rey estaba y continuó de este modo:

—Por mi parte no necesito pintaros la situacion á que nos ha reducido nuestra mala ventura; me es imposible proteger á mis amigos, pues yo mismo necesito proteccion en este trance, no siéndome dado premiar á nadie, quiero al menos evitar que caigais en poder de D. Fernando. Conozco un hombre que ha vivido muchos años en este país y que os guiará por sendas estraviadas á puerto de salvacion; en cambio de esto solo os pido un favor; decidme si os hallais dispuesto á servirme.

—Sepamos, respondió Adrian que no queria dar prenda ninguna.

—Se trata de conducir á Valencia una dama que está en nuestro poder; se os facilitarán algunos hombres y una litera y todos partireis de aquí hoy mismo al anocheecer.

Adrian necesitó revestirse de la mayor serenidad á fin de que no le vendiese la turbacion que sentia. Su corazon palpitó con demasiada violencia; estaba seguro de que aquella dama era Catalina.

Jugando como jugaba el todo por el todo, disimuló lo mejor que pudo y el de Lara nada sospechó.

Al anocheecer de aquel dia Catalina fué encerrada en una litera y puesta bajo la custodia de Adrian. Cuando este y los hombres que formaban aquel extraño cortejo perdieron de vista la poblacion, el pobre Montalvo no podia soportar la impaciencia que le estaba consumiendo.

Creemos escusado advertir que aquella comitiva no pensó en dirigirse á Valencia; el oro que Adrian ofreció á los hombres que iban en su compañía, les hizo tomar otra direccion y todos marcharon á Navarra.

Adrian no pudo dominarse por mas tiempo, y en la primera parada se arrojó en brazos de Catalina, la cual, pasados los primeros trasportes de alegre sorpresa, rompió en amargo y abundantísimo lloro.

La pobre jóven se juzgaba viuda y lloraba la muerte de su idolatrado Rugier. Adrian no se atrevió á decirle que su esposo vivia porque temió que el placer la matara.

Catalina le refirió muchas cosas de Doña Ana. Adrian se arrepintió de todo lo que habia hecho y renegó de su amor.

Entonces fué cuando escribió á Rugier diciéndole que lo esperaba en Sangüesa. Nuestros lectores saben lo demás.

Catalina, Rugier y Adrian se amaban, se veian durante todas las horas del dia, y aquella casa tan desierta y tan triste en otro tiempo se habia convertido en una mansion de dicha y de amor.

Adrian resolvió hacerse sacerdote; en esto no se hacia violencia; el recuerdo de Doña Ana le inspiraba desprecio á la vez que compasion.

Pero esta mujer no habia renunciado á sus propósitos; queria vengar la muerte de Gonzalo, queria humillar á Rugier y destrozár con un golpe rudo y certero el corazon de la buena y bondadosa Catalina. La felicidad de los demás le hacia daño á ella. Desdichada mujer!

Un dia se presentó en Sangüesa un hombre bien portado que compró una casita recientemente construida cerca de las afueras de la poblacion; en aquella casa se instaló poco despues una dama que al parecer trataba de vivir con el mayor recato. Nadie la vió entrar en aquella casa, ni poner los pies en la calle, ni asomarse á ninguna de sus ventanas.

Si aquella misteriosa mujer salia de vez en cuando á pasear, ó con otro cualquier objeto, sin duda debia verificarlo á las altas horas de la noche. Con ella se habian instalado un hombre de edad provecta llamado Guzman, y una mujer que tampoco era jóven y que respondia por el nombre de Berta.

Nuestros lectores habrán comprendido que la dama de quien estamos hablando no era otra que Doña Ana de Sobradiel.

Ahora nos toca advertir que la condesa no vivia en un absoluto aislamiento. Cuando las campanas de algun convento vecino anunciaba la hora de la media noche, las puertas de su casa se abrian para dar paso á varios hombres que entraban sigilosamente, siempre precedidos por el viejo Guzman; aquellos hombres permanecian largo tiempo conferenciando con ella, y al romper los primeros destellos del alba tornaban á salir, alejándose algunos de ellos de la ciudad.

Mientras esto sucedia, los habitantes de Sangüesa formaban corrillos antes y despues de entregarse á sus faenas diarias; se hablaba mucho en ellos de la actitud demasiado hostil para con los navarros que habian tomado los aragoneses; decíase que los vecinos de Sos y demás pueblos sujetos al poder del rey D. Jaime de Aragon, no cesaban de insultar á los de Sangüesa y que era preciso responder con las armas en la mano á tantas provocaciones. A decir verdad los odios antiguos de unos y otros pueblos habian renacido con mayor fuerza, las riñas y choques parciales se reproducian, y el estallido de una conflagracion general no podia retardarse mucho tiempo.

La poderosa condesa y los hombres vendidos á su oro, prestaban poderoso incentivo á tantas enemistades y amontonaban combustibles para la hoguera que pronto debía encenderse. Los choques y las riñas entre los habitantes de uno y otro reino fueron menudeando, y un clamor general, continuo, incesante, resonó al fin sin que nadie le pudiera contener.

En tales casos el absurdo suele tomar las formas de la evidencia entre esas masas de hombres rudos y sencillos que se hacen eco y dócil instrumento de personas intrigantes y perversas. Sin que nadie hubiese podido averiguar cuales eran los labios que primero pronunciaron la impostura, lo cierto es que rodó de boca en boca una idea tan inverosímil como infamemente calumniosa. Se dijo primero en voz baja y luego mas en alto, que Rugier de Lauriga, aragonés de nacimiento y antiguo favorito de D. Jaime II, queria vengar la humillacion que un dia le hicieron sufrir los de Sangüesa cuando arrancándole el estandarte le hicieron caer herido y moribundo; en una palabra, se decia que Rugier vivia en Sangüesa con el solo objeto de entregar la ciudad al rey de Aragon.

Rugier y Montalvo comprendieron algo de lo que pasaba, y aunque el primero tenia grandes deseos de trasladarse á Zaragoza y ver á sus queridos monarcas y protectores, por entonces no les fué posible realizar su viaje. Catalina se hallaba en cinta, y su salud, quebrantada antes, se resentia mucho mas en esta ocasion. Adrian les propuso que se trasladaran á la vecina villa de Cáseda, y todos tres marcharon á ella con intencion de respirar otros aires y sustraerse al enojo popular de los vecinos de Sangüesa.

Tan pronto como se ausentaron, la condesa se dió tanta prisa y tan buena maña, que lo que antes era presagio de tempestad se convirtió luego en deshecha borrasca. Ana de Sobradíel habia permanecido algunos meses en un retraimiento que contrastaba con su carácter activo y feroz. Sabiendo por otra parte que el infante D. Juan no habia sido víctima de sus iras, la rabia que sintió fué grande. Veia que su venganza no habia tenido completa realizacion y estaba impaciente por consumarla.

Pero el cielo habia dispuesto otra cosa; Dios se habia cansado de sus delitos y la hora de la espacion estaba muy cerca para ella.

Un dia, segun costumbre, Rugier montó á caballo y se alejó de Cáseda pensando en la felicidad que Dios le habia deparado al hacerle dueño de Catalina, y devolviéndole la estimacion de Adrian. Rugier se acordaba de la reina Doña Blanca y bendecia su nombre y sus bondades. La reina Doña Blanca era para él un ángel de paz y de consuelo, y por ella se hubiera dejado matar una y mil veces.

Pensando en estas cosas no advirtió que su caballo habia avanzado mas de lo regular; estaba ya muy proximo á Sangüesa, casi en el arranque del puente que hay que recorrer para penetrar en ella, y el ruido de las aguas del rio Aragon que corria

impetuoso y soberbio vino á sacarle de sus meditaciones. Entonces quiso volver atrás y vió con asombro que estaba rodeado de una multitud de campesinos que gritaban furiosos dando voces de "muera el capitan Lauriga! muera el traidor! muera el aragonés!"

Rugier conoció que era imposible contrarestar la furia de aquella multitud, que se iba engrosando rápidamente con muchos hombres que avanzaban á unirse con ellos, como si brotasen del seno de los montes y de la embocadura de cada una de sus vertientes y sendas ignoradas. Convencido de esta verdad, picó espuelas á su caballo el cual se lanzó hácia la embocadura del puente.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La presuncion es molino de viento y los hombres sus moledores.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

